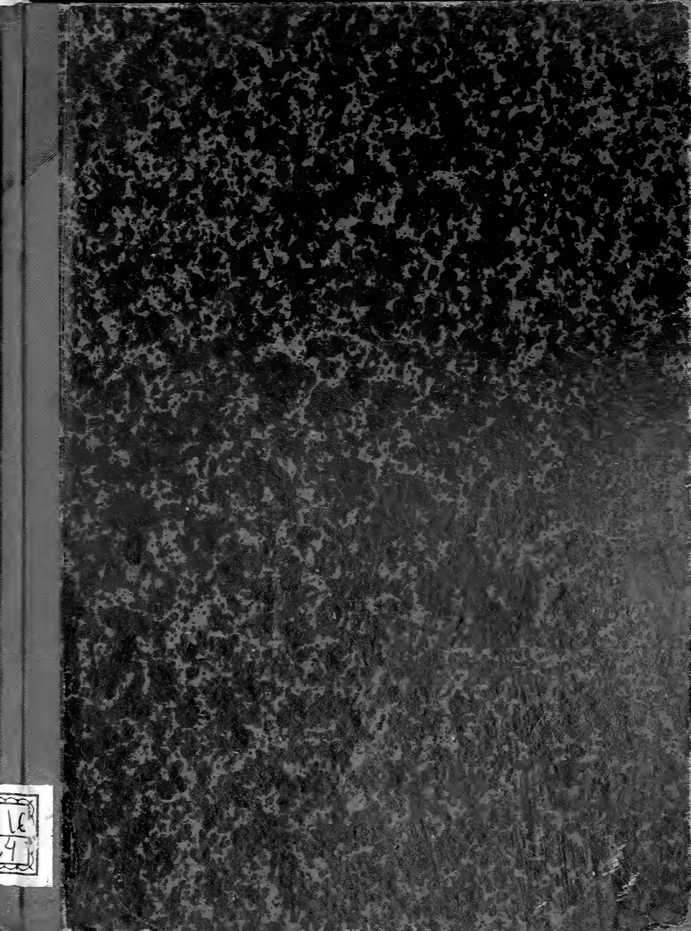
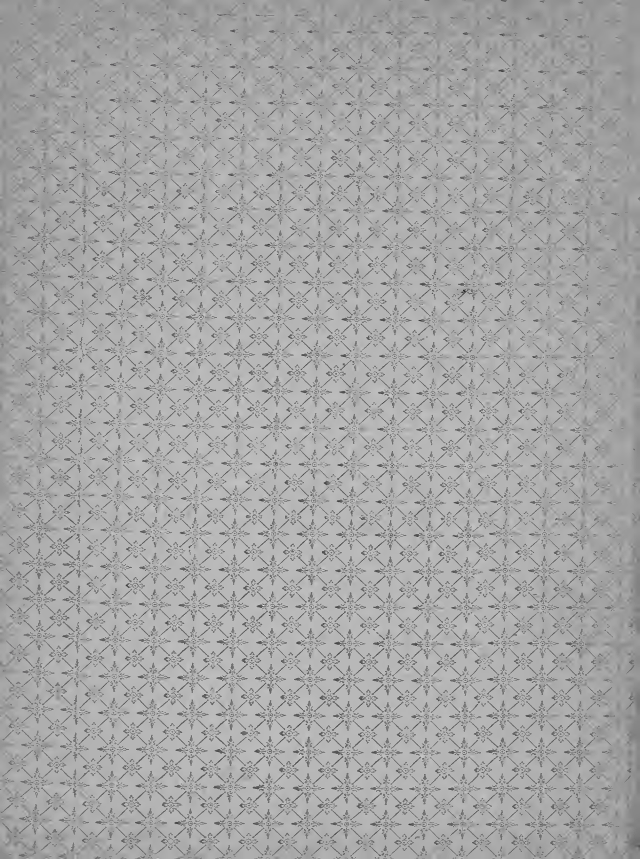
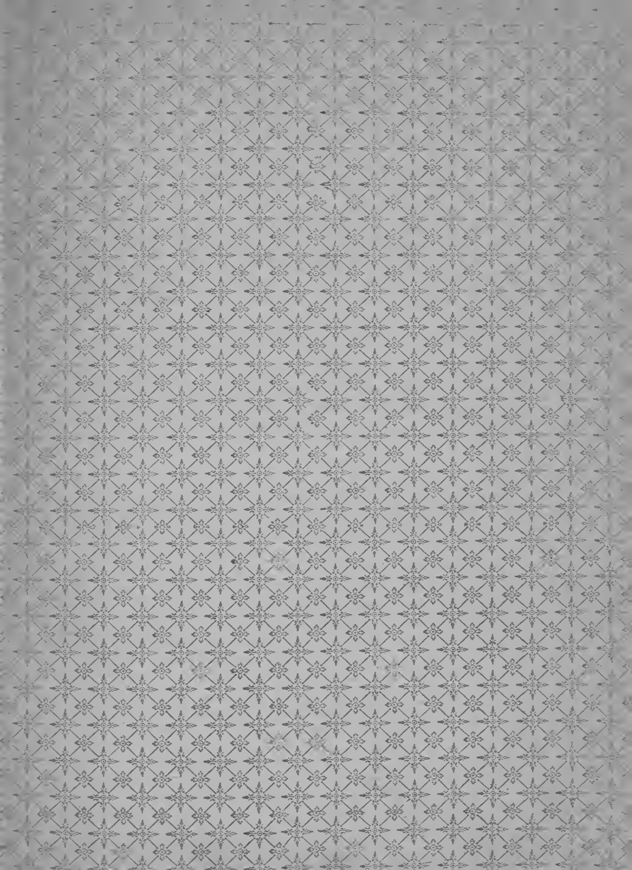






DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA SEVILLANA

DE BUENAS LETRAS

EL 3 DE ENERO DE 1897

POR EL EXCMO. SEÑOR

D. MANUEL PÉREZ DE GUZMÁN Y BOZA

Marqués de Jerez de los Caballeros

Y EL SR. D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

EN LA RECEPCIÓN DEL PRIMERO

SEVILLA
Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1
1897



DISCURSO

LEÍDO POR EL EXCMO. SEÑOR

DON MANUEL PÉREZ DE GUZMÁN Y BOZA

Marqués de Jerez de los Caballeros

EL 3 DE ENERO DE 1897



Señores Académicos:



SI muchos hombres, encanecidos en el estudio de las divinas y humanas Letras, en idéntica circunstancia á la en que yo me encuentro y en ocasión igual á esta que vuestra bondad sin límites me ha deparado, dieron principio á sus discursos ponderando la benevolencia del instituto que los acogía en su seno, y haciendo pública confesión de lo escaso de su saber, ¡qué debiera yo de deciros en este día, sin alardes de falsa modestia y dejándome llevar sólo de los impulsos de mi corazón! Nada he sido; nada soy; nada seré. Tiendo la vista á mi alrededor y me avergüenzo de mi pobreza en comparación con el rico caudal de conocimientos que todos atesoráis. ¿Qué he aportado yo al acervo común de tantos merecimientos como representa esta

Corporación ilustre, si gloriosa en los pasados siglos, digna en el presente de su preclara historia? Vosotros habéis cultivado las Letras y las Ciencias. Unos habéis discurrido por los campos de la especulación; otros habéis sorprendido las maravillas de los mundos del Arte. Sois conocidos y ensalzados todos por vuestras obras. Mas ¿qué hice yo para merecer un puesto entre vosotros? ¡Ni tan siquiera lo solicité! Bondad vuestra es y obsequio de amigo el puesto con que me honráis. Pero nó: si vuestra bondad es mucha, mucha es también vuestra prudencia; y me doy á entender que algo hallasteis en mí por donde justificar vuestra elección. Y ved cómo, señores Académicos, hay momentos en la vida del hombre en que debe prescindirse de la misma modestia; y cómo, porque éste es uno de esos momentos críticos, debo yo, no en mi obsequio, sinó en el vuestro, hablaros de mí mismo, y decir públicamente cuál fué la razón que tuvisteis para nombrarme Individuo de número de esta Real Academia. Lo diré en dos palabras: mi amor, mi entrañable amor á las Letras castellanas, la devoción de toda mi vida á la hermosa y rica poesía española. Esta devoción, este amor que casi nació conmigo y que, como fueguecillo que aventado es hoguera, avivado por el trato íntimo de muchos hombres de saber, es hoy incendio voraz, hace que emplee largas horas del día en buscar con empeño obras del ingenio español, salvando no pocas de las injurias de los tiempos, y redimiendo algunas, por medio de la imprenta, del injusto olvido en que se las tiene. Velar por esas

obras y divulgarlas: hé aquí á lo que aplico mis débiles fuerzas. Ni aspiro ni aspiré á pasar plaza de poeta; porque puedo decir con más razón que Miguel Cervantes, que el Cielo no quiso darme esa gracia. Ni osé ni osaré á que se me tenga por literato; porque apenas si me he ensayado en la redacción de nimios trabajos bibliográficos, de valer tan escaso, que nadie ha parado mientes en ellos. Premiáis en mí, señores Académicos, una, no todas, de las cualidades que adornan al bibliófilo: mi amor á los libros. No sé yo si esto solo bastará para que satisfagáis á la opinión pública, que antes que vosotros da puesto, y lo que es más, los quita también, no ya en ésta, sinó en todas las Academias y en todos los centros y en todos los órdenes en que se desenvuelve la actividad humana.

Dicho esto, he de deciros, además, que pasé no pocas horas perplejo en la elección del que habría de ser tema de mi discurso; y que al cabo de ellas, y después de dar de lado, á unos por serme de difícil desempeño, y á otros porque eran más apropiados para el libro ó el periódico que para esta solemnidad, me decidí á hablaros de una Academia Literaria, de la cual son muy pocas las noticias que hasta hoy llegaron al público, á pesar de ir su recuerdo unido, como la sombra al cuerpo, á aquel ingenio peregrino, ornamento de Sevilla, gala del Parnaso, maestro de maestros y Director de esta Real Academia, cuyas cenizas yacen de aquí á poco trecho, bajo las bóvedas del templo de nuestra Universidad Literaria: el insigne y nunca loado lo bas-

tante, sabio humanista D. Alberto Lista y Aragón. Me refiero, señores, á la *Academia del Mirto*, citada al acaso por D. Antonio Ferrer del Río en el prólógo á las poesías del Byron español, y por algún que otro crítico en libros y periódicos de los que no queda en el recuerdo del común de las gentes ni tan siquiera el nombre.

La casualidad, á la que tanto deben los bibliófilos, trajo un día á mis manos un legajo de manuscritos. Me bastó leer las primeras páginas para reputarlos desde luego por joyas de muy subido precio. Tratábase de muchas, y en su mayor número, poesías originales é inéditas de los ingenios que más lucieron en la primer mitad de este siglo; autógrafas las más y las más también con inequívoco sello de origen: un *mirto*, y á su alrededor esta inscripción *Academia del Mirto*; amén de la nota puesta en muchas de haber sido leídas en las juntas celebradas por aquella Academia. Avancé en la lectura y tropecé con un documento precioso: el discurso del presidente en el tercer aniversario de la institución. Mi curiosidad subió de punto, y leyendo, renglón por renglón y letra por letra, todas y cada una de las poesías, concordando nombres y fechas y evacuando no pocas citas, pude, no sin fatigosa labor, reunir algunos antecedentes para dar las breves noticias que como humilde dón traigo hoy á este Centro de cultura, casa solariega de las letras sevillanas.

Mas como quiera que nunca fuí amigo de engalanarme con plumas ajenas, me anticipo á deciros por dónde llegó á mis manos el material con que

construyo la débil fábrica de este mi discurso. Pertenecieron un día los manuscritos de que he hecho mención al citado D. Alberto Lista, quien, como es de suponer sabido el cariño de padre que profesó á sus discípulos y el mucho aprecio en que tuvo todas las obras de aquéllos, los guardó hasta su muerte como oro en paño, yendo luego á poder de su entrañable amigo y testamentario el por muchos títulos respetable Rector que fué de la Universidad Literaria de esta ciudad, Sr. D. Antonio Martín Villa, cuyo recuerdo vive entre vosotros, que alcanzasteis sus días y escuchasteis sus provechosas lecciones. Muerto también el Sr. Martín Villa, pasaron los manuscritos de que trato, con otros muchos, á ser de la propiedad de uno de los deudos de aquel esclarecido maestro, quien los donó al que fué Académico electo de esta Academia, el tan modesto como laborioso y erudito bibliófilo, el malogrado señor D. José Vázquez y Ruiz. Conocía éste mi afición á los poetas españoles, y contribuía con su inteligencia y pericia á enriquecer mi biblioteca; y no vaciló en ofrecerme, como regalo de subido valor, los que él tenía por verdaderos documentos para escribir, si no la historia, memorias breves de una *Academia poética* que influyó por mucho en educar el gusto y en nutrir la inteligencia de la juventud que fué luego timbre de gloria de la nación española. ¡Quién hubiese dicho á Lista, Martín Villa y Vázquez Ruiz que el tesoro por ellos conservado iba á dar en estas torpes manos mías! ¡Ellos, que no yo, hubieran escrito con pluma de oro lo mucho y bueno que pue-

de escribirse de los Académicos y de la *Academia del Mirto!*

No eran aquellos tiempos los más favorables para el cultivo de las bellas letras. Soplaban vientos de tempestad, que arreciaban á cada instante, y habíanse apoderado de los espíritus la intranquilidad y el desasosiego que despierta la previsión de sucesos faustos ó infaustos, pero de influencia poderosa en la vida de una nación. Los partidarios del antiguo régimen alzaban orgullosos y una vez más la cabeza, y con nuevos bríos y con mayor empuje que en otros días apercibíanse á nuevos combates con sus encarnizados enemigos los mantenedores del régimen constitucional. Alentaba á los unos la docilidad del Monarca y la creencia errónea de que no había germinado en España la semilla de la libertad: desesperaba á los otros el triunfo de una causa á la que tuvieron perdida para siempre. Alientos de una parte y desesperaciones por otra habían de producir tristísimos resultados. El decreto de 1.º de Octubre de 1823 fué el comienzo de una reacción desatinada, durante la cual, al decir de un historiador, corrió como frase usual «que se debía exterminar la familia de los *negros* hasta la cuarta generación», á cuyo intento se resucitaron las *purificaciones,* inventadas durante la guerra de la Independencia; se establecieron la *Superintendencia de Vigilancia Pública* y las *Comisiones militares ejecutivas;* se improvisaron compañías de apaleadores; pudiendo repetirse en toda España la frase proverbial en Galicia: «En Santiago no hay más ley que Bedia

y Morey.» La *Gaceta* designaba á los constitucionales con los nombres de *pillos, asesinos* y *ladrones*. Por decreto de 9 de Octubre de 1824 se condenaba á la pena de muerte á los que usasen las voces alarmantes y subversivas de *¡Viva Riego! ¡Viva la Constitución! ¡Mueran los serviles! ¡Mueran los tiranos! ¡Viva la libertad!* Desde el 24 de Agosto de 1823 al 12 de Septiembre del mismo año fueron ahorcadas ó fusiladas 102 personas. Un pobre menestral, por tener colgado en su casa el retrato de Riego, fué condenado á diez años de presidio, y su mujer, como cómplice, á otros diez de *galeras*. El periódico *El Restaurador* escribía: «Desde que el Rey ha salido de Cádiz han entrado ya en aquella plaza cuatrocientos ochenta bribones y bribonas de la negrería. Antes había cerca de mil. No se puede andar por aquella ciudad, porque no se ve más que esa canalla; y como no tienen nada que hacer, se están todo el día en las calles como los judíos.» Porque durante el régimen constitucional se habían establecido varios colegios y academias militares, se mandó que se cerrasen las de Alcalá, Segovia, Santiago, Granada y Valencia, fundando la orden en que la juventud educada en ellos estaba imbuída en las detestables máximas de la revolución. Porque varios estudios, como los de Física y Química, habían merecido entonces alguna protección, fueron suprimidos, invadidas las cátedras y destrozadas las máquinas por un vulgo ignorante á quien se hacía ver en la ilustración el mayor enemigo de la Iglesia y del Estado. «Formábanse guerrillas, dice un his-

toriador (1), de gente soez y perversa en gran parte, pagadas ó sostenidas por personas de superior valía, y cuyo objeto era insultar de palabra y obra á los liberales, absteniéndose los realistas, y aun la autoridad superior de las poblaciones, de contenerlos, y pasando cuando más á hacerlo con blandas é ineficaces amonestaciones.» «Al llamado desorden constitucional (escribe otro historiador) sigue el orden de las cárceles, de los cadalsos y de la tumba. Al *trágala* sigue la marcha realista.»

Víctima de aquella desatentada reacción fué entre otros el célebre colegio de San Mateo, establecido en Madrid por el presbítero D. Juan Manuel Calleja, y en el cual dejaron oir su autorizada palabra maestros tan eximios como Cabezas y el famoso crítico Hermosilla. De aquel plantel de inteligencias, que años después dieron sazonadísimos frutos á la patria, levantando en alto grado su nivel intelectual, era maestro de maestros D. Alberto Lista, quien después de su larga y penosa emigración á Francia y vuelto á España, falto de recursos, de una parte, y de otra siguiendo la vocación de toda su vida, se dedicó á la enseñanza de la juventud, abriendo cátedras de Humanidades y Matemáticas en Pamplona y Bilbao, y en Madrid al advenimiento constitucional el año de 1820.

En aquel colegio Lista tuvo muchos y aprovechados discípulos, amantes todos de las buenas letras y cultivadores los más de la poesía. Basta citar

---

(1) Dunham.—Alcalá Galiano.

los nombres de Gabriel Ferrer y Dávila, Santos López Pelegrín, Felipe Pardo y Aliaga, Antonio José Cavanilles, Luis de Usoz, José de Espronceda, Ventura de la Vega, Juan Bautista Alonso, Luis María Pastor, Jaime Dot, Luis Orellana, haciendo caso omiso de otros muchos, para que fácilmente se comprenda que debió de haber, y ciertamente la hubo, verdadera comunidad de ideas y de pensamientos entre profesor y discípulos, y que formaban una cariñosa familia en la que todos seguían las inspiraciones y las huellas del padre común, del sabio maestro que traducía sus lecciones en peregrinas obras admiradas de propios y extraños.

Cerrado aquel colegio, el venerable Lista se dedicó á dar lecciones particulares de Historia y Literatura, sin abandonar á aquellos sus muy amados discípulos, antes al contrario, siguió alentándolos en sus aficiones y dirigiendo sus talentos con la pericia en que fué sin igual; pudiendo decirse, en frase de mi llorado amigo, el antes citado señor D. José Vázquez y Ruiz, que fué la savia que alimentó por algún tiempo aquellas tiernas plantas, que produjeron después ricos y abundantes frutos. Bajo su dirección la lira de Castilla recobró sus antiguos bríos. Ensayaron todos los géneros poéticos, desde la dulce endecha hasta el varonil y robusto canto épico. El lirismo en particular levantó muy alto su vuelo, fijó sus leyes con el constante estudio de los buenos modelos y alcanzó merecidos triunfos en nuestro Parnaso.

Bien podemos afirmar que, dirigidos por Lista,

fundaron la *Academia del Mirto.* No conozco ni tengo noticia de que se hayan conservado los Estatutos de aquel centro educativo; pero no será arriesgado decir que, careciendo de todo carácter oficial, era á manera de las tertulias literarias de nuestros días, entre ellas la que creó en esta ciudad el sentido poeta Sr. D. Juan José Bueno, en las cuales la mayor confianza y la intimidad cariñosa reunen á todos y les hacen comunicar sus pensamientos, siendo á un tiempo mismo maestros y discípulos, aprendiendo y enseñando á la vez, sin otros estímulos que los de la generosidad, libres de ruines pasiones y sin sentir los envenenados dardos de la envidia.

Data la fundación de la Academia del año 1823, y, cuando menos, duró hasta el de 1826. Puede afirmarse así, no sólo porque entre las muchas piezas poéticas que se conservan de las leídas en sus juntas ninguna tiene fecha anterior al primero de dichos años ni posterior al segundo, sinó también porque en algunas se consigna que fueron leídas en junta celebrada el día 25 de Abril de 1824, primer aniversario de la Academia, como en la que se celebraba el tercero, 26 de Abril de 1826, fué leído el discurso de D. Antonio José Cavanilles, á la sazón su presidente.

Del espíritu que animaba á la Academia y de las tareas en que los Académicos se ocupaban nos da noticias el discurso de Cavanilles á que me he referido.

«Hoy hace tres años, decía en 25 de Abril de 1826, que, reuniendo nuestros conocimientos li-

terarios, procuramos aprender la más noble, la más útil, la más ignorada y la más difícil de las ciencias. Si no se tuviesen por parciales mis elogios, hablaría de vuestros adelantos, manifestaría vuestra constancia y talento, y os felicitaría por haber acogido en vuestro seno á las Musas castellanas. Vosotros las amparasteis cuando temerosas huían de la revolución y de la guerra; les ofrecisteis un asilo y tornaron á sonar sus dulcísimos cantares.»

Ciertamente el fin principal que perseguían aquellos jóvenes entusiastas era el cultivo de la poesía.

Encarecía Cavanilles el estudio de los buenos modelos, y añadía estas palabras, que parece que están escritas para los tiempos que alcanzamos:

«Los buenos modelos enseñarán al poeta á engalanar el pensamiento con las bellezas del idioma; le enseñarán á manifestar sus sentimientos de modo que se introduzcan en el alma de los demás y formen su gusto. Estudiad constantemente los modelos de la culta Roma y de nuestro buen siglo: torne á cantar la musa varonil de Herrera y la sublime de León.»

Dolíase de que hubiese venido muy á menos la rica habla castellana, y exhortaba á su estudio, diciendo:

«El habla de Castilla va perdiendo su antigua majestad; revivid las expresiones hermosas de los siglos que nos precedieron; ensanchad los límites de nuestra lengua, destinada, según Carlos V, para hablar con Dios. Adquiera la precisión y el laconismo del idioma latino y la flexibilidad y ternura del ita-

liano. Los poetas son los depositarios de la lengua. No imitéis á aquellos que afectando conocer nuestro idioma, usan las frases en rustiquez y los giros del siglo XV, y se desentienden de los conocimientos posteriores. Buscad lo mejor y usadlo sea cual fuere su procedencia.»

¿No son éstas saludables advertencias; no son éstos cánones del bien hablar? ¿No podríamos decir hoy lo mismo y dar idénticos consejos á la juventud que se aficiona de las letras? Buscad lo mejor y usadlo sea cual fuere su procedencia.

Seguía Cavanilles pidiendo acentos á la musa épica, y escribía:

«Pelayo, levantando el grito de venganza y sacudiendo las cadenas del moro: Guzmán, sacrificando á la lealtad los sentimientos paternales, pasmando al orbe y aterrando á los de Benasín: Colón, el Cid, San Fernando, el hazañoso Vargas y otros cien héroes, orgullo de nuestro suelo, fían á los ingenios españoles la venganza de su valor y su gloria, casi olvidados por los que les sucedieron.»

No cayó en olvido, señores Académicos, esta excitación. ¡Quién sabe si aquellas palabras despertaron en la mente del que á la sazón era un niño, el propósito de escribir la epopeya de la que sólo nos legó algunos fragmentos.

Señalaba el presidente de la *Academia del Mirto* nuevos senderos á la poesía, diciendo: «Ya no se precian las composiciones aéreas; aquellas composiciones en que lucía el ingenio á costa de la razón, y que en vez de deleitarle fatigaban al entendimien-

to. Ya es necesario que un sentimiento, que un fin moral dirija la voz del poeta.»

Acaso pudiéramos decir lo propio hoy que parece como que volvemos á las insulceses de Montoro y á los juegos de vocablos que dieron al traste con la severa majestad de la poesía española.

Y continuaba: «Aspirad, amigos míos, á la gloria. El siglo XIX haga olvidar al XVI. No abandonéis la ciencia encantadora que suaviza las costumbres del hombre; no abandonéis un estudio que, segun dijo el padre de la elocuencia, forma nuestro corazón en la juventud, acalora la vejez, nos adorna en la prosperidad, nos acompaña y consuela en el infortunio, peregrina con nosotros y con nosotros se hace campestre. Destruid el imperio del mal gusto y de las coplas, y compadeced á aquellos que no encuentran diferencia entre las inspiraciones del cielo y las necedades rimadas de los miserables copleros. Huid de afectar ciencia: éste es un escollo en que tropieza la juventud. Pero sobre todo, compañeros míos, no abriguéis en vuestro corazón la ponzoñosa envidia. Jamás la conocieron los hombres grandes; jamás tenga cabida en vuestro seno.»

Y concluía: «Remedad los ecos de la lira de Anfriso, de Anfriso, el cantor de la Divinidad, que tendió una mano protectora á esta Academia, que, niña y sin amparo, ó hubiese muerto en su infancia ó no hubiera llegado al esplendor actual. Y si algún día, el más feliz para mí, merecéis ser colocados en el Parnaso Ibero, ¡con cuánto gozo exclamaré entonces: Yo descubrí la llama del genio en sus mentes

creadoras, y yo les invité en el tercer aniversario de la *Academia del Mirto* á continuar sus útiles tareas. Entonces, amigos míos, dadme el consuelo de vuestros versos, y permitid que me gloríe con vuestra amistad y endulzad de este modo mi estéril y enojosa vida.»

No cabe duda: los *Académicos del Mirto* se aplicaban exclusivamente al estudio de la poesía y á ensayar sus fuerzas en el cultivo de tan difícil arte. Para ello, para aquel más provechoso estudio, los clásicos latinos servían de modelos preferentes, y, entre éstos, el gran Horacio, cuya influencia en las letras castellanas ha aquilatado por modo portentoso el eminente crítico D. Marcelino Menéndez Pelayo en su magistral obra *Horacio en España*. Que éste fué modelo muy imitado lo demuestra el hecho de que muchas de las composiciones poéticas leídas en las juntas de aquella Academia son traducciones ó imitaciones del gran lírico latino. Citaré sólo en comprobación de mi aserto los trabajos poéticos de Gabriel Ferrer *(Á la vida del campo)*, Ventura de la Vega (traducción de la Oda II *Jam satis)*, Usoz (imitación) y Espronceda *(Vida del campo)* (imitación).

¿Quiénes pertenecieron á la *Academia del Mirto*? Puede afirmarse que todos los discípulos de Lista en el colegio de San Mateo, ó el mayor número, se acogieron á aquella Academia para reunidos gozar de la benéfica influencia, del amparo y de la protección del maestro queridísimo.

Es indudable que perteneció á ella D. José de Espronceda, que contaba al tiempo de su estableci-

miento la edad de trece años. Cuatro composiciones poéticas de este privilegiado ingenio se contienen en el manuscrito de que os hablé, y se titulan: *Romance á la mañana, Vida del campo, La noche* (soneto) y *La tormenta de la noche,* todas inéditas, defectuosas como versos de niño, pero revelando que el ingenio que las produjo había de remontarse á las cumbres del Parnaso.

Permitidme que copie aquí la más breve, como curiosidad literaria, y para que conozcáis cómo comenzó á pulsar la lira el que no muchos años después cantaba al Sol en oda magnífica, y refería hazañas de Pelayo en octavas esculturales no superadas por ningún poeta español.

LA NOCHE

SONETO

En lúgubre silencio sepultados
Yacen los mares, cielo, tierra y viento;
La luna va con tardo movimiento
Por medio de los astros enlutados.
Duerme el feliz pastor con sus ganados,
Paran las aves su canoro acento,
Y de la noche el manto soñoliento
Al hombre da descanso en sus cuidados.
¡Salve, oh luna! Salud, nocturno velo,
Tan deseado del dichoso amante:
Así entoldases siempre el alto cielo;
Y de Febo jamás la luz radiante,
Iluminando el espacioso suelo,
Viese mi llanto triste é incesante.

Permitidme también que copie algunas estrofas

de su oda *Vida del campo,* imitación de Horacio.

Feliz el que apartado
De los cuidados, cual la antigua gente,
Labra el campo heredado
Y en su pecho ningún cuidado siente,
Ni la trompa guerrera
Ni el mar airado el corazón le altera.
Ó las vides enlaza
Con los álamos altos, bien gozando
De la volátil caza,
Ó los ramos inútiles podando,
Ó ya pulsa la avena
Y con su tierno són el prado llena.
Mira en el cerro herboso
De los toros errantes la manada,
Ó en cántaros, gozoso,
Pone la miel que fuera trabajada
Por solícita abeja,
Ó su blanco vellón quita á la oveja.
. . . .

No siguió Espronceda las huellas de Horacio. Dejó, al decir del Sr. Menéndez Pelayo (1), no versos *horacianos,* pero sí hermosos versos clásicos, en el himno *Al Sol,* en la elegía *Á la Patria* y en los fragmentos del Pelayo; y más tarde, aun en medio de sus audacias de pensamiento, respetó los fueros de la lengua y del estilo poético, mereciendo que Lista lo reconociese siempre como fiel discípulo suyo.

Perteneció también á la *Academia del Mirto*

(1) *Horacio en España.*

Felipe Pardo, poeta de exuberante ingenio, cuyas obras en verso y prosa fueron impresas el año de 1869 en París; poeta no tan conocido en España como merece serlo; amigo de Lista desde su más tierna edad y uno de sus discípulos más amados. El venerable maestro le escribía en 24 de Agosto de 1838 una sentida poesía en la que se lee esta estrofa:

Yo recuerdo ¡ay de mí! los bellos días
De tu primera juventud dichosa,
Cuando, por mí adestrado, le pedías
Á Horacio y Newton su laurel y rosa,

suscribiéndola en los términos siguientes: «Á los 63 años de edad, tu Alberto Lista» (1).

Felipe Pardo nació en Lima en 1806 y vino á España cuando contaba seis años. Hombre ya, regresó á su patria, llevando para su inspiración las lecciones de Lista, el gusto adquirido en las lides poéticas de la *Academia del Mirto* y el rico caudal de la hermosa lengua castellana, depurada de los vicios con que la afean los que huyen del estudio y de la imitación de los buenos modelos.

Entre los piezas poéticas á que vengo refiriéndome como debidas á los jóvenes Académicos, obran siete originales de Pardo, tituladas: *Á la Señora Doña Juana de la Pezuela en sus días*, *Soneto á la muerte de la misma*, *Á un amigo en sus bodas* (soneto), *Á una actriz representando el papel de Virginia* en la comedia *Pablo y Virginia* (soneto), *El*

(1) Aparece impresa al frente de las obras de D. Felipe Pardo. París, 1869.

canto de Delia (anacreóntica), *Á Delia* (anacreóntica), *Á D. Alberto Lista* (soneto), de las cuales copio á continuación la última, no por su mérito, que es escaso, sinó como muestra del cariño del discípulo al maestro.

Dice así:

Á DON ALBERTO LISTA

SONETO

Salve, adorado Anfriso. Contemplando
Del Betis patrio la feliz ribera,
La reluciente matizada esfera
Miró tu mente en su mansión entrando.
Y allí viste los cielos; y cantando,
Diste al humano que el remedo oyera
Del gozo, que en sus polos se sintiera,
Cuando Jesús glorioso se iba alzando.
Salve mil veces tú, que á los mortales
Oyes tu nombre publicar ufanos
De la zona boreal á la austral zona,
Y que en el Cielo, en urna de cristales,
Ves te guardan los seres soberanos
Y lira, y plectro é inmortal corona.

Merece citarse entre los Académicos del Mirto, no porque su nombre haya repercutido por los ámbitos de España como poeta, sinó porque así se aporta un dato más para su vida, no escrita hasta hoy, y de la que yo no sé otras cosas que las que refiere mi por muchos títulos respetable y querido amigo el Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo en su obra monumental *Historia de los heterodoxos españoles,* D. Luis Usoz y Río. De éste escribe el ca-

tedrático de Historia crítica de la Literatura Española en la Universidad central lo que á seguida trascribo: «El nombre de Usoz es inseparable de la literatura protestante del siglo XVI, que él recogió, ordenó, salvó del olvido é imprimió de nuevo, dejándonos, á costa de enormes dispendios, la más voluminosa colección de materiales para la historia del protestantismo español. Su entendimiento, su actividad, su fortuna, su vida toda se emplearon y consumieron en esta empresa, en la cual puso, no sólo fe y estudio y entusiasmo, sinó el más terco é indómito fanatismo. Porque Usoz era fanático, de una especie casi perdida en el siglo XIX é inverosímil en España, de tal suerte que en su alma parecían albergarse las mismas feroces pasiones que acompañaron hasta la hoguera al bachiller Herreruelo, á Julianillo Hernández y á D. Carlos de Sesé.»

Aficiones poéticas tuvo D. Luis Usoz en su juventud: lo demuestran los versos que publicó en el periódico madrileño *El Artista,* calificados por el Sr. Menéndez y Pelayo de *harto medianos;* una canción *Al vino* y la titulada *En noche de Diciembre (Aventura amorosa),* que principia:

> Luz opaca, entre nubes, la luna
> Comenzaba en los campos á dar,
> Reflejando la escarcha que cubre
> El ciprés do la tórtola está (1):

principio que basta y sobra para que no se tenga por severa la calificación de aquel eminente crítico.

---

(1) *El Artista,* t. I, pág. 66.

También entre los papeles de la *Academia del Mirto* figuran tres piezas poéticas del cuákero español, intituladas *Imitación de Horacio*, *El zumo* (oda) y *Á Jesús Crucificado*. De la segunda no debo reproducir verso alguno: corre parejas esta composición con muchas de las publicadas en el *Cancionero de burlas provocantes á risa* (Valencia, 1519) que Usoz reimprimió en casa de Pickering en 1841. De la primera baste conocer esta estrofa, que se acomoda mucho á la idiosincrasia de su autor:

Vén, morena, al jardín donde jugamos
Del málaga bebiendo...
Sí, morena del alma, sí, bebamos
Libres enloqueciendo.
Que acaba con el tiempo la hermosura
En la nada sumida,
Y muerte, y sólo muerte y tumba oscura,
Es el fin de la vida.

Así cantaba D. Luis Usoz á la edad de veinte años; verdad es que esa misma edad tenía cuando escribió el siguiente soneto:

Á JESÚS CRUCIFICADO

Pendiente de la Cruz, Jesús piadoso,
Entre dulces tristísimos gemidos,
Que resuenan del Padre en los oídos,
Mueres por tus verdugos generoso.
El sol escureciendo el rostro hermoso,
La fiera rugidora con bramidos,
Los vientos redoblando sus silbidos,
El orbe retemblando temeroso:

Todo anuncia tu muerte; mas el hombre,
Precito esclavo de pasiones fieras,
Desprecia los tormentos y las penas:
Y viéndote, blasfema de tu nombre,
Y date miel porque amargado mueras,
Y se goza y se ríe en sus cadenas.

«Era Usoz de madera de herejes y sectarios, no de madera de indiferentes ni de impíos» (1).

Tuvo asimismo lugar señalado entre los *Académicos del Mirto* D. Juan Bautista Alonso, cuyas obras poéticas coleccionadas vieron la luz pública en Madrid el año de 1834 (2). Fué secretario de la Academia cuando la presidía Gabriel Ferrer (1824) y, por las muchas composiciones poéticas que leyó en las juntas, es de inferir que fué también uno de los jóvenes que más contribuyeron á su esplendor. Entre otras, se han conservado las tituladas: *Una hazaña del Cicerón español en la guerra de la Independencia,* que alude á un hecho del célebre jurisconsulto Sr. D. Manuel M. Cambronero cuando era magistrado en Valladolid, *Oda á Fabio, El perjurio y la ingratitud* (romance) y *Á la muerte de mi padre* (romance), ninguna de las cuales incluyó en aquella colección. D. Juan Bautista Alonso abandonó el sendero por donde caminó en su juventud y, dando al olvido las tareas poéticas en que se había solazado, se dedicó al foro, alcanzando señalados triunfos. Se creía honrado (tales fueron sus palabras estampadas al frente del libro citado) con que se dijese-

(1) Menéndez y Pelayo. *Heterodoxos Españoles.*
(2) *Poesías* de D. Juan Bautista Alonso.

de él que sus ensayos poéticos, ya que no le prevenían un lugar entre los alumnos de las musas, debían allanarle la senda para el ejercicio del difícil arte de la palabra.

No me atrevo, señores Académicos, á afirmar que también perteneció á la *Academia del Mirto* el célebre poeta D. Francisco Iturrondo, conocido, más que por su nombre, por el pseudónimo de *Delio,* bajo del cual, y con el título de *Ocios Poéticos,* publicó una colección de sus poesías en Matanzas (1834), libro rarísimo, que dedicó al Conde de Santovenia; y no me atrevo, aunque encuentro entre los papeles de aquella Academia, suscritos por *Delio,* una letrilla, *El cumpleaños de Dorila,* dos romances, *Delio ausente de Rosana,* y un soneto, *En los días de Fersea,* porque en las biografías que de D. Francisco Iturrondo he leído se dice que, habiendo nacido en Cádiz, salió para la Habana á la edad de seis años, sin que se haga por ninguno de sus biógrafos mención de que en su juventud, ni en el resto de su vida, volviese á España. Por otra parte, ninguna de aquellas composiciones figura en la colección de sus poesías, y, á mayor abundamiento, los nombres arcádicos que en ellas emplea, *Dorila, Rosana* y *Fersea,* no se encuentran ni por asomo citados en las composiciones copiladas en Matanzas, y en su lugar leemos en éstas el de *Anarda* y otros. Es más: Iturrondo, que canta la muerte de Cienfuegos, no tiene en su lira un solo acento para *Anfriso,* para el maestro Lista; y á haber sido *Delio* su discípulo, le hubiese expresado su gratitud y su admiración. Tam-

poco se infiere de aquellas poesías que hubiese vivido en España después de su ida á América. Aparte la lengua, que es la castellana, en lo demás D. Francisco Iturrondo es de todo en todo un poeta americano. Es cierto que canta *Las ruinas del palacio árabe de la Alhambra*, pero fácilmente se comprende que el poeta sólo vió con los ojos de la fantasía los lugares que describe, agigantados por extraordinarias relaciones.

No debo omitir otro nombre distinguido entre los de los Académicos del Mirto: el de D. Luis María Pastor. Las aficiones de Pastor en sus primeros años no se avinieron bien con las tareas á que se aplicó en su edad madura. En la carrera política llegó á lo más que podía aspirar, á ser Ministro de Hacienda, y los libros que dió á la estampa no tienen, á la verdad, nada de poéticos. En 1856 publicó su obra *La ciencia de la Contribución* (1), y antes, en 1848 y 1850, dió á la estampa, respectivamente, las que tituló *La Bolsa y el Crédito* (2) y *Filosofía del Crédito, deducida de la historia de las naciones más importantes de Europa* (3). Pastor hubiese acaso lucido más como poeta que como político, á cultivar las felices dotes que revelan las dos únicas composiciones que he tenido á la vista, y que su autor leyó en las juntas celebradas por la *Academia del Mirto* en 23 de Octubre y 1.° de Mayo de 1823, nominada la una *De Sodarco á Lopecio* (romance) y la

(1) Madrid, 1856.
(2) Id., 1848.
(3) Id., 1850.

otra *Á Silvio* (epístola). Y para confirmar mi juicio me bastará leer algunas estrofas de la segunda. Dirígese el poeta á su amigo Silvio, y después de lamentarse (escribía el año de 1823) de que tras dulce paz, y cuando toda la Europa replegaba su bélico pendón, sólo España enarbolase el sangriento estandarte, exclamaba:

¿Y posible será que aquellos mismos
Que unión gritaran y amistad eterna,
De bárbaro placer embrïagados
Rían al ver sus hórridos aceros
De agricultora sangre sonrosados?
Mira esa Cataluña, aquesa patria,
Que á gloria tengo apellidarla mía;
Véla de tanto mal triste testigo:
Mira esas chozas rústicas taladas,
Mira esos campos: llorarás conmigo.
Ya el anciano Pirene no remeda
El mónotono són de las azadas,
Ni de la abeja la cansada zumba:
Sólo el ronco cañón tronando suena
Y en su profunda cavidad retumba.
. . . .
¡Todo antes respiraba paz y vida,
Y dulce libertad; y hora tan sólo
Esclavitud, miseria, horror y muerte!

¡Lástima grande que Pastor arrumbase su lira, templada tal vez para acompañar los acentos de la musa épica!

Preferente lugar alcanzó entre los Académicos del Mirto el laborioso D. Santos López Pelegrín, más conocido como poeta por el pseudónimo *Abe-*

namar, con el que firmó la colección de sus poesías impresas en Madrid en 1842, que por su verdadero nombre. Á la inversa de D. Luis María Pastor, después de haber cursado la carrera de Derecho y de haberla ejercido en Filipinas, de donde regresó á España *de limosna* (1), al decir de uno de sus biógrafos, y de haber desempeñado los cargos de teniente corregidor de Madrid y ministro de la Audiencia de Cáceres, se dedicó al cultivo de las letras, echándose en brazos del periodismo, colaborando en *El Español, El Mundo, La Verdad, El Porvenir, El Nosotros, El Abenamar, El Estudiante* y *El Correo Nacional*. Algunas de sus composiciones poéticas se registran entre los papeles de aquella Academia. Citaré, por no estar incluídas en la colección que como he dicho publicó bajo el pseudónimo de *Abenamar*, las tituladas *Sostan* (santos) *en la ausencia de Amira* (María), idilio; *De una mirada* (anacreóntica), y *La Tempestad*, leídas respectivamente en las juntas de 6 de Mayo, 7 de Agosto y 21 de Junio de 1823, cuando su autor contaba veintidós años. El tono de esas poesías corre parejas con el de las que publicó coleccionadas, hijas todas de aquel romanticismo que llevó á Espronceda á cantar al Mendigo y al Pirata. Una breve cita suplirá por todo lo que no diga. Describe el poeta con vivos colores, uno por uno, todos los estragos de la tempestad, y concluye diciendo:

(1) D. Eugenio Ochoa. *Apuntes para una Biblioteca de Escritores Españoles Contemporáneos en prosa y verso.* París. Tomo II.

Do antes placer morara, solamente
Lástimas y dolor se ven ahora:
El Cielo se serena y desconsuelo
Doquier sembrado por el orbe deja.

Iba á poner punto final á la enumeración de los Académicos del Mirto, citando de pasada algunos nombres, temeroso de fatigar vuestra cortés atención; pero permitidme que abuse de la benevolencia de que sois pródigos por demás, en gracia á que sería injusticia notoria no dedicar siquiera algunas líneas á uno de los más gloriosos miembros de aquella Academia.

¿Quién de vosotros, señores Académicos, no ha aplaudido con entusiasmo al autor de la hermosa tragedia *La muerte de César* y de ciento y una obras dramáticas originales ó arregladas á la escena española con tal arte que el arreglo superó con creces al original? ¿Quién de vosotros no ha leído con deleite la versión en metro castellano del libro primero de *La Eneida,* versión debida á la correctísima pluma del que fué Excmo. Sr. D. Ventura de la Vega? La escena española está llena de su gloria; y aun hoy, que huye avergonzada de las tablas que alzaron Lope de Rueda y Naharro la poderosa Musa de Calderón y Lope, escúchanse aplausos rendidos al autor de la comedia incomparable *El hombre de mundo.*

Poeta de verdad, literato consumado, maestro de bien decir sin afectación arcáica, Ventura de la Vega ocupa puesto preeminente en el Parnaso Español. Como su maestro Lista, educó su gusto y

cultivó sus talentos con la lectura asidua de los clásicos latinos.

Varias composiciones poéticas de Ventura de la Vega he hallado entre las que poseo procedentes de la *Academia del Mirto:* la traducción de la oda segunda de Horacio, *Jam satis terris nivis atque diræ,* etc., leída en junta celebrada el día 14 de Agosto de 1823; la *Á Anfriso en el día de su santo,* que lleva la fecha de 7 de Agosto de 1824; la traducción de la *Oda II á Augusto* (sin fecha), que comienza:

Bastantes nieves y crüel granizo
Envió Jove Potente;
Harto á la tierra estremecerse hizo,
Y lanzando del Cielo rayo ardiente
Con poderosa mano,
Asoló templos y aterró al romano;

La Belleza (anacreóntica, 14 de Diciembre de 1823); *Á Haliria* (idilio, imitación de Horacio, 15 de Noviembre de 1823); *Á Anfriso en la muerte de su madre* (idilio, sin fecha), y *Canción entre el Esposo y la Esposa* (imitación de San Juan de la Cruz, 25 de Abril de 1824). Todas estas composiciones, escritas por Ventura de la Vega en la flor de su juventud y para ser leídas en una academia de jóvenes, mejor diría de niños, y niño era el lector, nos presentan el bosquejo, por así decirlo, de un gran poeta, del autor de *El hombre de mundo* y de *La muerte de César.*

Finalmente, Señores; pertenecieron á la *Academia del Mirto* Gabriel Ferrer y Dávila, de quien

se conservan varias piezas poéticas, de las cuales tres, las tituladas *Traducción de unos dísticos latinos, La vida del campo* (soneto) y *Una noche en plenilunio,* fueron leídas en las juntas de 6 de Junio y 31 de Julio de 1823; D. Cesáreo Blaudín, que en junta de 9 de Mayo de dicho año leyó una epístola con el epígrafe de *Los remordimientos religiosos;* D. Jaime Dot, del que nos han quedado tres anacreónticas y una égloga; D. Lino Orellana, de quien no conozco sinó la composición leída en junta de 5 de Junio de 1823, y que respira dulcísimo sentimiento religioso, y otros cuyos nombres no han logrado la celebridad de los que he citado.

De propósito dejé de mencionar hasta ahora las poesías del que fué presidente de la Academia el año de 1826, D. Antonio Cavanilles, para llamar sobre ellas muy particularmente vuestra atención. Más que como poeta, es conocido Cavanilles como historiador; y si merece ser ensalzado en el un concepto, no lo merece menos en el otro. Cavanilles fué un poeta de cuerpo entero, como lo acreditan sus trece composiciones que conservo entre los papeles de aquella Academia. Sólo trascribiré una, imitación de *El Cantar de los Cantares,* que dice así:

LA ESPOSA
SONETO

El olor de tu boca deliciosa
Como el olor es grato del manzano:
Vén, en mi seno morarás, hermano,
Cual mora en él la nacarada rosa.

Himnos de amor exhalaré gozosa,
Al divisarte por el verde llano,
Y mil guirnaldas tejerá mi mano,
Y tu sien de ellas ornaré amorosa.
Corre, mi bien, do oyeres el balido
Del corderillo que á su madre llama,
Que allí tu enamorada, allí te espera.
Vén, que á tu vista reirá el ejido,
Y el ave amores cantará en la rama,
Y brotará mil flores la pradera.

Dos sentimientos vivísimos alentaban á la brillante juventud congregada en la *Academia del Mirto:* el de su amor al maestro Lista; el de su amor, también, y desmedido, á la libertad.

Gabriel Ferrer, como presidente, y Juan Bautista Alonso, como secretario, dirigieron en nombre de la Academia, en 1824, al autor de la oda *Á la Muerte de Jesús* una poesía felicitándole en la fiesta de su santo, con la siguiente expresiva dedicatoria:

«Anfriso: La amistad agradecida de unos jóvenes que se honran con tu dirección, presenta hoy sus más puros sentimientos en tu obsequio, del modo que juzga más digno de tu indulgencia: si tus admiradores hallan en él un débil remedo de ese arte encantador que te halaga con eterno renombre, tuya es la gloria.»

Muchas de las composiciones leídas en las juntas de la Academia á Lista están dedicadas, mereciendo particular mención una de Espronceda y otra de Cavanilles. Lista (puedo decirlo sin titubear) lo llenaba todo en el ánimo de aquellos sus amantes y amados discípulos.

Amaban la libertad los jóvenes Académicos. Uno, Juan Bautista Alonso, escribía el siguiente

SONETO

Cuando el hombre nació, la Tiranía
Desde su abismo se avanzó á la tierra,
Y airada le juró sangrienta guerra
Con voz de trueno y con la faz sombría.
Con hierro al carro del dolor le uncía
Y el hombre se quejó. «Tus ojos cierra
—Gritó el monstruo feroz.—Todo lo encierra
Mi sola voluntad: tu vida es mía.»
Osó el esclavo encomendarse al Cielo,
Y el monstruo retronó: «Víctima triste,
Nunca hallarás á tu dolor consuelo.
Ni todo un Dios á mi poder resiste.
Después de atormentarte acá en el suelo,
Iré á la Eternidad á perseguirte.»

Otro, con el pseudónimo de *Amoroso*, escribía una oda, dedicándola á la Academia, que terminaba con esta estrofa:

Cantad, vates, cantad. El error fiero
Los altares de Apolo
Feroce destruyó; el cantor del Betis
Tornó á la patria el esplendor primero
Y mitigó su llanto.
Hijos de Anfriso, remedad su canto.

Santos López Pelegrín canta *Á la Libertad* en una oda que comienza:

La esclavitud detesto,
Ya dulce libertad mi pecho inflama;

y termina:

Libre, libre vivir también yo quiero.

Cavanilles, en otra oda, á nombre del Arte, protesta de la tiranía y de la persecución. Escuchad no más que los siguientes versos:

En vano, Alcino, la maldad intenta
Turbar el reino de Helicón. Las musas
Huyen veloces al repuesto bosque
Y en su retiro y soledad se gozan.
Y en vano, en vano la maldad intenta
Al genio sojuzgar. Puede sañuda
Lejos lanzarle de la patria amada;
Puede aherrojarlo, y en prisión horrible
Puede al vate oprimir; empero nunca
La noble mente del cantor excelso
Le es dado domeñar; que libre vuela
De un mar al otro, desde el alto Cielo
Á la tierra mezquina, y ríe ufana
De quien la osó oprimir...

El mismo Cavanilles decía, dirigiéndose á un proscripto:

De tu voz dulce el delicioso encanto
Rasgó del fiero error el negro velo;
Tú defendiste con heroico celo
De la ultrajada patria el fuero santo.
Y hoy por postrera vez, bañado en llanto,
Ves de la Iberia el irritado cielo,
Y hoy por postrera vez besas el suelo
De la ingrata nación que honraste tanto.

No abusaré por más tiempo de vuestra paciencia, señores Académicos. *La Academia del Mirto*, como dijo su presidente D. Antonio Cavanilles, am-

paró las Musas cuando huían de la desolación y de la guerra. Ampare la Sevillana de Buenas Letras á los ingenios que alentaron y alientan en la patria de Herrera y de Rioja; salve del olvido las muchas obras que inéditas yacen en los archivos, y vele por el lustre de la lengua castellana. Así honraréis la memoria del gran hombre que un día presidió á la *Academia del Mirto* y á la *Real Sevillana de Buenas Letras*.

HE DICHO.



DISCURSO

DEL SEÑOR

D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

ACADÉMICO NUMERARIO

EN CONTESTACIÓN AL DEL EXCMO. SEÑOR

D. MANUEL PÉREZ DE GUZMÁN Y BOZA

MARQUÉS DE JEREZ DE LOS CABALLEROS



Señores Académicos:

O, ciertamente, por merced de vuestra benevolencia, sino por justo acuerdo de vuestra rectitud, viene hoy á ocupar una plaza de individuo numerario de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras el Excmo. Sr. D. Manuel Pérez de Guzmán y Boza, Marqués de Jerez de los Caballeros. Su modestia no le permite creerlo así; en buen hora: esa cualidad, más valiosa cuanto menos común, realza las otras recomendabilísimas que todos los amantes de la cultura echan de ver en el recipiendario. Méritos propios muy acrisolados y muy dignos de loa, y no ajenas bondades, le han abierto de par en par las puertas de este recinto; abiertas tenía mucho antes las de nuestra estimación; que si no la debíamos á quien tanto hizo y está haciendo por las le-

tras españolas, especialmente por las sevillanas, no sé á quién pudiera deberse.

Pregunta el Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros en el muy galano y erudito discurso que con deleite acabamos de escuchar: «¿Qué he aportado yo al acervo común de tantos merecimientos como representa esta Corporación ilustre?» En nombre de ella he de darle respuesta cumplida, aunque al verificarlo me limite á repetir lo que es sabidísimo de la Academia, del docto concurso que honra este acto solemne y de cuantas personas estudian, siquiera con mediana atención, la historia de nuestros adelantamientos literarios. Mas antes de formular tal respuesta, séame permitido deplorar que al confiarme encargo tan honroso hayáis echado sobre mí peso muy superior á mis facultades. Por deber de obediencia acepté esta misión, que á maravilla hubiera desempeñado cualquiera de vosotros; por deber de obediencia, y ¿por qué no decirlo? también por gusto del afecto: por estímulos de la cariñosa amistad que al nuevo Académico me liga. Empero porque, como dice el refrán, no hay mal que cien años dure, mi discurso, que no será bueno, pues para serlo obsta gravemente el ser mío, tampoco será largo. Esto último lo recomiende á vuestra generosa indulgencia.

La historia literaria de España, como la social, señores Académicos, está á medio conocer y, por lo tanto, á medio escribir. Lo he dicho en otro lugar: á muchos podrá parecer mentira, pero no por

eso es menos cierto que á estas horas, cuando va tocando á su fin el siglo llamado *de las luces*, todavía se nos esconde una gran parte de la abundantísima labor hecha en España durante los mejores siglos de nuestra literatura. Están á la vista de todos los grandes hitos que indican por dónde cruzaban las vías, pero apenas se conocen muchos recodos, prominencias y depresiones del gran camino que á las letras patrias abrió la serie gloriosa de sucesos prósperos á cuyo benéfico influjo se debió el Renacimiento. Y ello es que, así como la historia social de España no podrá escribirse con entero acierto y con la necesaria copia de datos mientras no se estudien las historias locales, sumandos, digámoslo así, de la general, del mismo modo la historia literaria de aquellas grandes centurias, en especial la de nuestro *siglo de oro*, la de aquel

«siglo de gigantes,
Que abrió Colón y que cerró Cervantes,»

como inspiradamente dijo nuestro malogrado compañero de Academia D. Francisco Escudero y Perosso, no podrá estudiarse como es de apetecer hasta que prolijas y fatigosas investigaciones saquen del polvo de los archivos y bibliotecas á la clara luz del día las obras de los escritores de aquella época y hasta que se averigüe minuciosamente la vida de aquellos ingenios, ya que tal indagación es cosa imprescindible para el provechoso análisis de sus producciones.

Y no vale decir que lo bueno, que lo sobresaliente de aquellos tiempos está conocido y que huel-

ga inquirir lo mediano y más aún lo detestable; pues, sobre que de lo mejor queda mucho por investigar, ¿cómo hacer caso omiso de lo mediocre ni de lo malo, si la historia es ciencia complejísima, en la cual no hay factor que carezca de importancia? ¿Quién dice sin disparatar que cuando comenzó á desmoronarse nuestra literatura, asombro del mundo, hasta quedar completamente arruinada mucho antes de comenzar el siglo XVIII, no influyeron los malos escritores sobre los buenos, como influye el enfermo contagiado de peste en la salud del hombre sano y vigoroso? ¿Es Góngora, por ventura, el inventor del culteranismo? ¿No lo bebió, más que en las obras de D. Luís Carrillo Sotomayor, en las de otros poetas poco ó nada conocidos todavía? ¿Cómo, pues, ha de ser *res inane*, al par que *labor improba*, el estudio de esos escritores? ¿Qué se diría del naturalista que, ocupado en el examen de las grandes especies de la escala animal, reputase por cosa baladí las fecundísimas disquisiciones biológicas que no pueden realizarse sin el auxilio del microscopio? Y es que en la historia social, política y literaria, como en la natural, no hay hechos insignificantes; no hay sumando que no aporte á la suma un valor apreciable, máxime cuando en sociología todos los elementos se compenetran, influyendo mediata ó inmediatamente los unos sobre los otros.

Por desdicha, son pocos los que están persuadidos de estas palmarias verdades y pocos los que se dan cuenta de que quien conoce la literatura de un pueblo conoce al pueblo mismo, porque la lite-

ratura es fidelísimo espejo en que se retratan, sin perder asomo de color ni grado de intensidad, sus costumbres, sus tendencias, sus aptitudes, y, en una palabra, todo su sér. Hay mucho vulgo, y es lo peor que una gran parte de él—también lo he dicho antes de ahora—se compone de sujetos que, aunque se estiman y son estimados por doctos, conceden muy poca importancia, ó no conceden ninguna, al cultivo de las letras. Imaginan estos tales que el estudio de la literatura es fútil tarea de desocupados; que los que á él consagran su vida la malgastan en cosas de poco momento, y hasta tienen por personas de menguado juício á las que á esos trabajos dedican sus vigilias, ó siquiera los ocios que los que así piensan suelen invertir en distracciones menos honestas. ¡Ciegos y más que ciegos!

Empresa patriótica y piadosa á la par, señores Académicos, tanto más digna de gratitud cuanto menos interesada (y bien sabéis que en España las letras, ahora como en tiempo de Cervantes, no son campo donde se cosechen materiales medros) es la de exhumar las obras de nuestros antiguos escritores; la de otorgarles, por justos aunque tardíos actos de reparación, el renombre que ganaron; la de engrandecer y vivificar las glorias de nuestro país, que ha sido uno de los primeros en punto á literatura. Decían nuestros abuelos que no podía morirse con la conciencia tranquila quien nunca hubiese plantado siquiera un árbol. *Mutatis mutandis,* eso mismo se puede afirmar de quien, teniendo aptitud para ello, no redime de las tinieblas del olvido, ó de las

nieblas, también lóbregas, de la indiferencia, á un buen escritor de antaño, á alguno de los hijos ilustres de su patria, ya que ésta, á las veces, muchas veces, fué con ellos madrastra cruel más bien que madre amante y generosa. El esfuerzo que á realizarlo se dedica paréceme como sufragio hecho por sus almas y como trabajo de obreros que acarrean materiales para la reconstrucción del magnífico palacio de la antigua supremacía española.

Inspirándose en estos pensamientos, ¡cuán fructuosamente se desvelan nuestros doctos! ¡Con qué laudable diligencia enriquecen la antigua bibliografía nacional, no ya los hombres estudiosos de España, sino también meritísimos escritores de otros países! Consuela y fortalece el contristado y abatido espíritu, enmedio de las desventuras que nos agobian, el recordar la abundante y esmerada labor realizada de pocos años á esta parte. He de recordárosla, siquiera incompletamente y con el mismo desorden con que á la memoria vaya acudiendo, al escribir tarde, y, por lo tanto, aprisa, este deshilvanado discurso.

Afronta Wulff los calores del enero de Andalucía, viniendo desde la frigidísima Suecia á examinar las obras del sevillano Juan de la Cueva, que, autógrafas é inéditas en gran parte, paran en la Biblioteca Capitular y Colombina, y al regresar á su país da á la estampa el *Viaje de Sannio,* con un muy erudito estudio biobibliográfico acerca del autor del *Ejemplar poético;* Fastenrath, nuestro buen amigo, enamorado de España, adorador de Sevilla, gloríase

con nuestras glorias literarias, las celebra entre los alemanes y hace respetar y admirar allí el nombre español, viviendo con nuestro espíritu; Knapp, en el mismo imperio, estudia al insigne autor de *El Lazarillo de Tormes,* colecciona cariñosamente sus composiciones poéticas y nos las ofrece en excelente edición crítica; en Francia, Morel-Fatio, investigador tan sabio como diligente, analiza con asombrosa perspicacia los manuscritos españoles que enriquecen las bibliotecas de París, los cataloga con gran esmero y muestra en habilísimos trabajos cuánta estima merecen; Mérimée ilustra á Quevedo, á nuestro inapreciable Juvenal del siglo XVII; Foulché-Delbosc hace de su *Revista Hispánica* un altar en que se tributa culto á las letras castellanas y regala á nuestra paremiología un millar de curiosos refranes judío-españoles, recogidos en su mayor parte de la tradición oral en Turquía; León Rouanet hace oir en las orillas del Sena los ecos ya alegres, ya melancólicos, siempre agradabilísimos, de la musa popular española; en Austria, una pluma de oro, la de Arturo Farinelli, escribe incansablemente acerca de nuestra literatura y de nuestros literatos de los buenos siglos; Benedetto Croce, en Italia, recuerda por medio de larga serie de eruditos opúsculos, prueba de su vasto saber, la grata influencia que ejercieron las musas de España, conducidas por Marte, en aquellos paraísos de Nápoles y Sicilia; y cerca de aquí, al lado, en Portugal, en esa simpática nación que fué una con la nuestra, que comparte ahora nuestros pesares como compartió en felices tiempos las épicas

empresas de descubrir y conquistar nuevos mundos, Carolina Michaelis, en cuyo delicado organismo de mujer palpita un corazón atlético de artista, estudia á Sáa de Miranda, gran poeta español al par que lusitano, y colecciona admirablemente sus obras; Theophilo Braga, que no há menester elogios, porque su ilustre nombre es por sí solo una alabanza calurosa, investiga el gigante espíritu de nuestra raza en interesantes libros demopsicológicos; y, probando que, en literatura, tratar de Portugal es tratar de España, el doctor García Peres da cima á un riquísimo *Catálogo biobibliográfico de los autores portugueses que escribieron en castellano,* obra ciertamente de maestro y tan importante para nosotros, que se ha impreso á expensas de nuestra nación, previo muy honroso informe de la Real Academia Española.

Entretanto, y no hay para qué decir cuán incompletas son estas enumeraciones, hechas al correr de la pluma y sin hojear libro alguno, entretanto, en España, señores Académicos, las Sociedades de Bibliófilos Españoles y Andaluces no se dan punto de reposo, publicando obras antiguas, dignas de universal estimación; Cañete y Barbieri, hoy ya perdidos para el adelantamiento de nuestra cultura, publican el *Teatro completo de Juan del Encina,* y Barbieri, gran literato al par que gran músico, halla un importante *Cancionero musical de los siglos XV y XVI* y lo hace imprimir, avalorado con muy curiosas noticias; D. Miguel Mir, sabio académico y hablista insigne, da á la estampa el *Romancero espiritual* del maestro Valdivieso y escribe magistral-

mente, con abundante copia de datos, la biografía de Bartolomé Leonardo de Argensola; el Conde de la Viñaza, que en punto á erudición parece haber vivido un lustro cada año, colecciona las *Obras sueltas* de aquel gran poeta y de su hermano Lupercio y escribe, entre otros libros no menos excelentes, su famosa *Biblioteca histórica de la Filología Castellana;* el docto é infatigable Uhagón nos regala cada mes con una nueva joya bibliográfica; Pérez de Guzmán prepara á costa de afanes, que, por desgracia, han perturbado su razón, el lindísimo *Cancionero de la Rosa,* recopila, en desde luego rarísimo libro, las composiciones poéticas de príncipes y señores y comenta los *Diálogos de la Montería,* poniendo en claro quiénes sean sus interlocutores; la Duquesa de Berwick y de Alba exhuma los importantísimos documentos del archivo de su egregia casa, en el cual dormían sueño de siglos, y los da á conocer en esmeradas y lujosas ediciones; Pérez Pastor redacta la bibliografía de Toledo, y la de Medina del Campo, y la madrileña del siglo XVI, y Paz y Melia, Altamira, Cotarelo y cien otros beneméritos escritores contribuyen con entusiasmo á la plausible tarea de reconstruir el período más glorioso de nuestra cultura literaria.

Sevilla, en tan simpática empresa, no desmerece de su antiguo renombre de *Atenas española:* díganlo los generosos esfuerzos de sus hijos; dígalo Blanca de los Ríos, poetisa y escritora ilustre, á quien pronto deberemos la satisfacción de conocer á Tirso de Molina como si de por vida le hubiésemos tra-

tado con amistosa intimidad; dígalo nuestro insigne Director honorario D. José M.ª Asensio y Toledo, á cuyos laudables sacrificios debe España la búsqueda, hallazgo y publicación de tesoro tal como el *Libro de los retratos* del hispalense Pacheco, y de cuyas penosas vigilias son muy sazonados frutos numerosos escritos que convierten en diafanidad clarísima muchas hasta hace poco espesas sombras; decidlo, en fin, vosotros, señores Académicos; que yo no he de sonrojaros con el encarecimiento de cuánto hacéis por la cultura general, ni en mis labios sentaría bien esa alabanza, que á vuestra modestia podría parecer hija del agradecimiento que os debo por el inapreciable favor que me otorgasteis al señalarme entre vosotros un lugar que no he merecido.

Y entre tantas estrellas como exornan y abrillantan el ancho cielo de nuestra literatura erudita, cuáles de primera magnitud, cuáles de menos intensa claridad, todas de luz benéfica y grata, ¿qué astro ha de fulgurar más esplendorosamente, llenando el espacio de su viva lumbre? ¡Ah, señores Académicos, que no me sería preciso pronunciar el nombre de ese astro, pues á todos vosotros se ocurre á la par que á mí: ¡poderoso prestigio de una supremacía indiscutida é indiscutible! Pasmo de nuestro siglo es D. Marcelino Menéndez y Pelayo; llenas de su alto renombre están Europa y América; piloto es á quien la Providencia, en sus sabios designios, ha confiado la majestuosa nave del saber literario español, encallada y á punto de zozobrar durante una centuria, salida después maltrecha de entre los esco-

llos, y hoy serena y gallarda y magnífica, tanto como en los pasados tiempos bonancibles. No osaré yo á bosquejar un elogio de Menéndez y Pelayo: ni su alabanza cabría en los límites de mi discurso, ni la profundidad de mi admiración me permitiría concertar las frases, ni há menester mi humilde encomio aquel á quien los sabios de todos los países tanto y con tanta razón celebran y enaltecen.

Ferviente admirador y cariñoso amigo de don Marcelino Menéndez y Pelayo es el nuevo académico D. Manuel Pérez de Guzmán y Boza, Marqués de Jerez de los Caballeros. Como su hermano el Duque de T'Serclaes, que por muchos y bien justificados méritos se sienta en estos escaños, renunció, apenas salido de la primera juventud, al *dolce far niente* á que, por desdicha y con excepciones muy contadas, viven entregados los hijos de la antigua nobleza española, y aficionóse á las letras. Estudió sin descanso y su muy claro entendimiento y su amor, siempre creciente, á los buenos libros hiciéronle, de allí á poco, maestro consumado en bibliografía. Á cimentar con solidez esta afición contribuyó un humanista pobre y modesto, un erudito entendidísimo, arrancado hace tres años á nuestro afecto por la muerte: D. José Vázquez y Ruiz. Comunicábanse diariamente; gustaban juntos la tranquila satisfacción con que el espíritu se deleita en el estudio de los grandes escritores; en larga serie de sabrosos diálogos, pasaba y repasaba ante la vista de los dos entusiastas bibliófilos toda la magnífica labor de esa pléyade innumerable de insignes obreros

á quienes España debe las más bellas é inmarcesibles glorias, y departían acerca de la dulce utilidad que se obtiene del trato con los libros, que son los mejores amigos que puede tener hombre: silenciosos cuando no se les inquiere, elocuentes cuando se les pregunta, sabios, como que jamás sin fruto se les pide consejo, fieles, que nunca vendieron un secreto de quien los trata, regocijados con el alegre, piadosos con el dolorido, y tan humildes, que nada piden ni ambicionan y, por ocupar poco sitio, se dejan estar de canto en los estantes. ¡Oh, qué preciadísimo dón del cielo es poder evocar, como por conjuro mágico, las venerandas sombras de los maestros del saber, y conversar con ellos siempre que nos place, y sentir con sus corazones, y discurrir con sus luminosos entendimientos, y aprender de su madura y saludable experiencia!

Á estas gratas delicias dedicóse enteramente el nuevo Académico de la Sevillana de Buenas Letras y, gastando dinero sin tasa, reunió multitud de libros rarísimos, de esos que son encanto del literato y desesperación del bibliófilo que no ha logrado poseerlos, ni, á las veces, hojearlos siquiera. Aquellas obras, allegadas en los primeros tiempos de su afición, fueron la base de su biblioteca, abundantísima hoy, llena de maravillas, y rica como pocas, quizás como ninguna otra particular, en libros españoles de literatura. Dice el refrán que en casa llena presto se guisa la cena: así, en la librería del Marqués de Jerez de los Caballeros, pronto se halla lo que se busca. Harto convencido quedé yo de

esta verdad cuando, hace algunos meses, andaba atareado en malacabar lo que bien había comenzado el Sr. Quirós de los Ríos: las anotaciones á las *Flores de poetas ilustres* coleccionadas por Espinosa y Calderón. En una de aquellas notas, no pudiendo desatar una duda que tampoco había logrado desvanecer el docto humanista antequerano, escribía yo: «¡Qué angustia! ¡Cuando el Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros, editor de esta obra, reside en la capital andaluza, ¡ancha es Castilla! En su riquísima librería hay cuanto se busca, en tratándose de poetas; pero cuando ese templo está cerrado, ni la Biblioteca Capitular y Colombina ni la Provincial y Universitaria, con ser tan ricas, suplen por él. «No hay, no hay», contestan á mis peticiones los solícitos bibliotecarios. En suma, que no puedo confirmar ni contradecir la sospecha de Quirós de los Ríos.»

Tal idea tengo de la biblioteca del ilustre literato á quien hoy señaláis un lugar entre vosotros. Visitadla y quedaréis como encantados, á vista de tantas preciosidades. Allí, encuadernadas primorosamente, todas las primeras ediciones del mejor de los libros españoles: de *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha;* allí *La Celestina,* estampada por cien impresores; allí *Romanceros* peregrinos, de que ni Gallardo ni Salvá tuvieron noticia; y pliegos góticos no descritos por nadie; y opúsculos de dieciséis ó veinte páginas que han costado veinte veces más oro que pesan, y de los cuales, como se cuenta del fénix, sólo existe un ejemplar; allí la *Primera parte de la An-*

gélica de Barahona de Soto, y los rarísimos libros de Pedro de Padilla, y el *Cancionero general*, gótico, de García de Resende, impreso en Lisboa en 1516, y el *Villete de Amor* de Juan de Timoneda y sus *Enfados de muy grandes auisos y prouechosas sentencias*, y la *Cristopathia* de Juan de Quirós, estampada en 1552 por el toledano Juan Ferrer, y las *Obras* de Diego de Fuentes, dadas á luz en Zaragoza, en 1563, y la *Inuectiva contra el heresiarcha Luthero*, de Fr. Cristóbal Mansilla, único ejemplar conocido hasta ahora, y el *Libro y primera parte de los victoriosos hechos del ualeroso cauallero don Alvaro de Bazan*, impreso en Granada por René Rabut en 1561, de que tampoco se conoce más de un ejemplar... Y en cuanto á manuscritos, allí se guardan joyas de gran valor, adquiridas sin reparar en el costo. Al Marqués de Jerez de los Caballeros debe España el rescate de muchos de esos monumentos de la literatura nacional, pues para devolverlos á nuestro país ha tenido necesidad de disputarlos victoriosamente en los mercados extranjeros, á costa de dispendios incalculables, á los comisionados de las principales bibliotecas de Europa; del mismo opulentísimo Museo Británico.

Visitad ese *sancta sanctorum* de que os hablo, y no sabréis qué admirar más: si las venerables reliquias bibliográficas que encierra, ó el cabal conocimiento que de ellas tiene su afortunado poseedor; preguntad allí por un libro que deséis ver, y el Marqués de Jerez de los Caballeros, sin detenerse á recordar, se dirigirá incontinenti á la tabla en que tal

libro se encuentra, y os le presentará, y, en tendida y amena conversación, os hará notar las excelencias tipográficas y literarias de la obra y las ventajas ó desventajas que ofrezca respecto de otras ediciones, que también examinaréis. Y él, á dos por tres, os dará buscado el pasaje que anhelabais consultar: tanto y tan bien conoce sus libros por de fuera y por de dentro.

Común achaque de bibliófilos es, señores Académicos, el prurito de no dejar disfrutar de nadie las obras á gran costa adquiridas, y aun el esconderlas á las miradas de los curiosos, como si fueran mujeres de serrallo, para nadie visibles sino para el celoso sultán. De tal achaque no padece ni padeció nunca el Marqués de Jerez de los Caballeros: sus riquezas bibliográficas podrían ostentar *exlibris* análogo al que llevan las que poseía el Marqués de Morante: «*De Joaquín Gómez de la Cortina y de sus amigos*»; y no ya las personas á quien el recipiendario favorece con su amistad, sino cuantas de sus libros necesitan disponen de ellos; que su biblioteca es templo abierto para todos los fieles y en él á todas horas puede tributarse culto á Minerva.

Á más todavía se extiende la liberalidad del erudito bibliófilo á cuyo discurso estoy contestando; pues, en su loable deseo de ser útil á las letras, y no parando mientes en que las preciosidades bibliográficas pierden de su precio cuando se vulgarizan, hace reimprimir á sus expensas, en correctas y lujosas ediciones, las más apreciables y buscadas, y regala con los flamantes ejemplares á

las bibliotecas públicas y á los amantes del saber, muchos de los cuales, sin ese nada común desprendimiento, estarían condenados á no poseer, nunca quizás, tan curiosos libros. Tarea prolija, impropia de un trabajo como el presente, habría de ser el reducir á catálogo las obras reimpresas por iniciativa y á costa del nuevo académico y las que por primera vez ha hecho estampar, ya publicando antiguos é importantes manuscritos, ya siendo editor de valiosas producciones literarias debidas á autores contemporáneos. Con todo, ¿cómo no recordar siquiera, entre las obras reproducidas, el *Panegírico por la Poesía,* impreso en 1627, anónimo, pero averiguadamente debido á la pluma de D. Fernando de Vera y Mendoza, libro interesante por lo que abunda en noticias de los poetas de aquel tiempo, y cómo no hacer mención de las *Lágrimas de San Pedro,* de Rodrigo Fernández de Ribera, de la *Glosa de Montemayor á las Coplas de Jorge Manrique,* de las *Soliadas* de D. Diego Félix de Quijada y Riquelme, que, aunque se sabe que se publicaron, nadie entre los modernos había logrado ver impresas, y de la *Primera parte de las Flores de poetas ilustres de España,* ordenada por Pedro Espinosa, «libro de oro, el mejor tesoro de poesía española que tenemos», en sentir del doctísimo Gallardo?

Entre las obras antiguas dadas á luz por primera vez á expensas del Marqués de Jerez de los Caballeros, justo será citar siquiera dos: las hermosas *Rimas castellanas* del abad D. Antonio de Maluenda, descubiertas entre los manuscritos de la Biblio-

teca Nacional por D. Juan Pérez de Guzmán y Gallo, cuyo es el extenso y erudito estudio que precede á la colección, y la *Segunda parte de las Flores de poetas* antes citadas, que coligió D. Juan Antonio Calderón en 1611 y quedaron sin publicar hasta que D. Juan Quirós de los Ríos y el nuevo académico pensaron en darlas á la estampa, utilizando la copia que del códice existente en la biblioteca de los Duques de Gor había obtenido el Sr. Menéndez y Pelayo. Y á fe que si es libro de oro la parte primera de estas *Flores,* la impresa en 1605, no sé de qué otra rica materia pueda ser la segunda, en la cual se contienen muchas excelentes poesías de vates poco ó nada conocidos hasta ahora y muchas otras inéditas de ilustres ingenios de cuyo justo renombre más sabíamos por los elogios de sus contemporáneos que por el estudio de sus obras. En ese precioso florilegio, que contiene más de doscientas composiciones, hay diez de Barahona de Soto, que patentizan con cuánta razón se le llamaba *el divino,* y quince, lindísimas todas, de Alonso Cabello el de Antequera, y veintisiete de *Pedro de Jesús,* nombre que tomó Espinosa al hacerse ermitaño, y nada menos que cuarenta y cuatro de Luís Martín de la Plaza, del poeta dulcísimo á quien debemos el delicado madrigal que comienza:

Iba cogiendo flores...,

uno de los mejores que engalanan el Parnaso Español. ¿Queréis juzgar, señores Académicos, si el estro del eximio poeta antequerano, en esta antología, desmerece del que le dictó el inimitable madrigal?



Pues perdonadme por la digresión y escuchad los dos sonetos siguientes:

Con líquido y risueño movimiento
La nieve de los montes se desata
Y da en arroyos de luciente plata
Al campo de esmeraldas ornamento.
Por los pimpollos, con süave acento,
Su antigua queja el ruiseñol relata,
Y por los prados de carmín dilata
Su errar la abeja y su murmurio el viento.
En fin, en la agradable primavera
Yerbas y plantas, aves y animales
Olvidan del ivierno los enojos.
¡Oh, consuelo divino! ¿Quién no espera?
Que pasará el ivierno de los males
Y el verano del bien verán mis ojos.

¿Qué temes al morir? ¿Por qué procura
Hombre, tu afecto vida tan ajena
De propios bienes y de males llena,
Tan bien guardada cuanto mal segura?
La muerte es fin de tu prisión obscura
Y por quien gozarás de la serena
Paz de otra vida, donde no la pena,
Sino la gloria para siempre dura.
Aunque es la muerte horrenda, no te espante;
Que tu bien solicita, pues intenta
Que vivas inmortal después de muerto.
Díme, ¿no será loco el navegante
Que guste de quedarse en la tormenta
Cuando le ofrece su descanso el puerto?

Aunque el Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros no tuviese más merecimientos que el de ser generoso editor de libros en que por primera vez salen

á lucir tales primores, de derecho se le debería el galardón que le otorgáis. Pero no sólo protege las antiguas letras; amante de las buenas, sean de cuando fueren, y ganoso de contribuir á su mayor brillo, siempre aceptó con agradecimiento las dedicatorias con que sus amigos le obsequiaron y siempre dió á la estampa á su costa las obras dedicadas. Así vió la luz una vez más, en 1892, la colección de sentidísimos cantares intitulada *Melancolía*, sarta de hermosas perlas debida á nuestro buen amigo don Luís Montoto, secretario primero de esta Real Corporación; así se publicaron las *Poesías selectas* y el *Romancero de Alonso Pérez de Guzmán*, del Académico preeminente D. Juan Nepomuceno Justiniano y Arribas, y, entre otros muchos libros, no menos apreciables que éstos, varios del Sr. Gutiérrez de la Vega, y del Conde de las Navas, y del Barón de la Vega de Hoz; y así se acaba ahora de imprimir la *Historia y Bibliografía de la Prensa sevillana*, preparadas por el laborioso joven D. Manuel Chaves, y pronto podremos regalarnos con la lectura de la *Biografía del Marqués del Aula*, hábilmente escrita por el docto historiador D. Antonio Aguilar y Cano, y de una interesantísima *Colección de documentos inéditos para ilustrar la vida de Cervantes*, hallados á costa de afanes sin número por D. Cristóbal Pérez Pastor (1).

---

(1) Hé aquí, sucintamente, el catálogo de las obras publicadas á expensas del Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros. Acaso omitiré alguna:

1. *Poesías espirituales de la venerable Doña Luisa de Car-*

Entretanto, quien tales publicaciones favorece, quien de este modo honra las ajenas plumas, no tiene en el ocio la suya propia; que la ocupa sin tregua en redactar, para hacerlo imprimir, el numeroso catálogo de sus alhajas literarias, y ya antes de ahora escribió, ciertamente con gran pericia, una muy copiosa bibliografía de nuestras coplas, así eruditas como populares, bajo el modesto título de *No-*

---

vajal y Mendoza. Muestras de su ingenio y de su espíritu.—Sevilla, Izquierdo y sobrino, 1885.—En 8.°; 149 páginas.

2. *Panegírico por la Poesía.* (Segunda edición.)—Sevilla, Enrique Rasco, 1886.—En 8.°; 65 hojas.

3. *Panegírico al Chocolate,* por el Capitán Castro de Torres. (Segunda edición.)—Sevilla, Enrique Rasco, 1887.—En 4.°; 32 páginas.

4. *Don Sancho el de Peñalén, leyenda tradicional de la historia de Navarra,* por Santos Landa.—Sevilla, Enrique Rasco, 1887.—En 4.°; 77 páginas.

5. *Fiestas de toros y cañas celebradas en la ciudad de Córdoba el año de 1651, con una advertencia para el juego de las cañas y un discurso de la caballería del torear,* por D. Pedro Mesía de la Cerda, Caballero de la Orden de Alcántara.—Sevilla, Enrique Rasco, 1887.—En 8.°; 51 páginas.

6. *Soliadas* de D. Diego Félix de Quixada y Riquelme.—Sevilla, Enrique Rasco, 1887.—En 4.°; XXXIX-47 páginas.

7. *Décimas á la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora,* de diferentes autores.—Sevilla, Enrique Rasco, 1888.—En 8.°; 23 páginas.

8. *Glosa de Jorge de Montemayor á las Coplas de Jorge Manrique.*—Sevilla, Enrique Rasco, 1888.—En (forma de los Astetes viejos); VIII-47 páginas.

9. *Relación de las fiestas, con qve la ciudad del Porto solenizò el felice nacimiento del Príncipe Balthazar Carlos Domingo, nuestro Señor, hijo primogenito del Augustissimo Rey de las Hespañas Don Philippe IIII. En dia de la Expectacion del Parto de Nuestra Señora, de 1629.* Por Iuan Brito de Castelbranco.—Por Iuan Rodriguez. En la ciudad del Porto.—Lisboa, Imprenta Nacional, 1888.—En 8.°; 44 páginas.

10. *Mverte de Iesvs Llanto de María,* por Manvel de Faria y Sousa.—Lisboa, Imprenta Nacional, 1888.—En 8.°; 8 páginas.

11. *Lágrimas de San Pedro,* por Rodrigo Fernández de Ribera.—Sevilla, Enrique Rasco, 1889.—En 8.°; 39 páginas.

12. *Mesa florecida de romances, coplas y villancicos al Santí-*

ticia de algunas colecciones de cantares publicadas en España. Pero ¿á qué alegar con lo pasado ni con lo futuro? Bonísima prueba de lo mucho que ha de esperarse de quien con estos excelentes auspicios viene á compartir nuestras tareas es el correcto y muy erudito discurso que hemos tenido la satisfacción de escuchar. Á él debemos sabroso deleite y completas noticias, hasta ahora ignoradas, de una

---

simo Sacramento, por Jusepe Auñón.—Sevilla, Enrique Rasco, 1889.—En 8.º; 63 páginas.

13. *Tratado de la Caza del vuelo*, por el Capitán D. Fernando Tamariz de la Escalera; con un discurso, un apéndice y notas del Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Sevilla, Enrique Rasco, 1889.—En 8.º; XV-71 páginas.

14. *Descripción de varias fiestas de toros*, por D. Fermín de Sarasa y Arce.—Sevilla, Enrique Rasco, 1889.—En 8.º; 63 págs.

15. *Chistes hechos por diversos autores*.—Sevilla, Enrique Rasco, 1890.—En 8.º; 31 páginas.

16. *Soliloquios amorosos de un alma á Dios*, por Félix Lope de Vega Carpio.—Sevilla, Enrique Rasco, 1890.—En 16.º; 63 páginas.

17. *Anfiteatro de Felipe el Grande*, por D. José Pellicer de Tovar; con un discurso del Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Sevilla, Enrique Rasco, 1890.—En 8.º; XL-175 páginas.

18. *Los perros de caza españoles:* apuntes cogidos al vuelo por el Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega; con un apéndice sobre las *Chasses à Mallorca*.—Sevilla, Enrique Rasco, 1890.—En 4.º; 76 páginas.

19. *Cancionero de Nuestra Señora para cantar la Pascua de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo*, compuesto por Rodrigo de Reinosa. (Nueva edición.)—Sevilla, Enrique Rasco, 1890.—En 16.º; 40 páginas.

20. *Cántico en acción de gracias á la Virgen del Sagrario de Toledo por haber cesado la peste en dicha ciudad el día en que salió en procesión hasta Zocodover, 23 de Agosto de 1885*.—Sevilla, Enrique Rasco, 1890.—En 32.º; 15 páginas.

21. *Poesías selectas* de D. Juan Nepomuceno Justiniano y Arribas.—Sevilla, Enrique Rasco, 1891.—En 4.º; 2 hojas sin foliar y 163 páginas.

22. *Historia de muchos Juanes: romances* por D. Luís Montoto y Rautenstrauch.—Sevilla, Enrique Rasco, 1891.—En 16.º; 79 páginas.

Academia poética que dirigió en la Corte uno de los varones más insignes de nuestra patria en este siglo: el sabio y virtuoso D. Alberto Lista, vate eminente, regenerador de nuestros estudios literarios, maestro venerado y venerable de toda una generación de poetas españoles y eximio Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. ¡Qué bien se echa de ver en las composiciones engastadas por el re-

---

23. *Cosas de España*, por Espinosa y Quesada (*a*).—Sevilla, Enrique Rasco, 1892.—En 8.°; 192 páginas.

24. *Algunas rimas castellanas* de el Abad D. Antonio de Maluenda, natural de Burgos.—Sevilla, Enrique Rasco, 1892.—LX-153 páginas.

25. *Melancolía: colección de cantares* por D. Luís Montoto. —Sevilla, Enrique Rasco, 1892.—En 16.°; 109 páginas.

26. *Chavala: historia disfrazada de novela*, por D. J. López-Valdemoro, Conde de las Navas (*b*).—Sevilla, Enrique Rasco, 1893.—En 8.°; 255 páginas.

27. *Odas de Horacio*, traducidas por Mateo Alemán.—Cádiz, Viuda de Niel, 1893.—En 8.°; 6 páginas.

28. *Sonetos de varios ingenios de Madrid á don Antonio de las Varillas, habiendo toreado en las fiestas reales de esta corte, recogidos por un aficionado suyo.*—Sevilla, Enrique Rasco, 1893. —En 8.°; 16 páginas.

29. *Dos poemas inéditos (Lágrimas de San Pedro.—Lágrimas de la Magdalena)*, por el Marqués de Berlanga.—Madrid, Fortanet, 1893.—En 8.°; 65 páginas.

30. *Tomás Moro*, de Fernando de Herrera.—Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1893.—En 8.°; 76 páginas.

31. *Glorias sevillanas: Noticia histórica de la devoción y culto que la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla ha profesado á la Inmaculada Concepción de la Virgen María desde los tiempos de la antigüedad hasta la presente época.* Por el presbítero D. Manuel Serrano y Ortega, Licenciado en Derecho civil y canónico. —Sevilla, Enrique Rasco, 1894.—En 4.°; 923 páginas.

32. *El Premio de la Constancia y Pastores de Sierra Bermeja*, por Jacinto Espinel Adorno. (Segunda edición.)—Sevilla, Tip. de *El Universal*, 1894.—En 8.°; preliminares y 434 págs.

33. *Cosas de España* (segunda serie), por el Conde de las Navas (*c*).—Madrid, Hijos de J. Ducazcal, 1895.—En 8.°; 151 páginas.

(*a, b y c*) Estos tres libros fueron costeados por el Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros y por su hermano el Sr. Duque de T'Serclaes.

cipiendario en su discurso que Lista, al par que enseñaba á sus discípulos las reglas de la poesía, sugiriéndoles el amor á los estudios clásicos, les encaminaba por los hermosos senderos de la Libertad! ¡Cómo aquella entusiasta juventud, sana de corazón y exuberante de inteligencia, asistía al brioso despertar de un pueblo, aletargado por muchas décadas

---

34. *Impresiones artísticas* de D. Enrique de Leguina, Barón de la Vega de Hoz.—Madrid, Hijos de J. Ducazcal, 1895.—En 4.°; 178 páginas.

35. *Comprensión de la destreza,* por D. Álvaro Guerra de la Vega... con una advertencia del Excmo. Sr. D. Enrique de Leguina.—Sevilla, Enrique Rasco, 1895.—En 4.°; 38 páginas.

36. *Ejercicios de la brida:* carta de D. Antonio de Ojeda. —Sevilla, Enrique Rasco, 1895.—En 16.°; 22 páginas.

37. *Caballeriza de Córdoba,* por D. Alonso Carrillo.—Madrid, Hijos de J. Ducazcal, 1895.—En 4.°; x-27-46 páginas.

38. *Primera parte de las Flores de poetas ilustres de España, ordenada por Pedro Espinosa, natural de la ciudad de Antequera.* Segunda edición, dirigida y anotada por D. Juan Quirós de los Ríos y D. Francisco Rodríguez Marín.—Sevilla, Enrique Rasco, 1896.—En 4.°; VIII-458 páginas.

39. *Segunda parte de las Flores de poetas ilustres de España, ordenada por D. Juan Antonio Calderón,* anotada por D. Juan Quirós de los Ríos y D. Francisco Rodríguez Marín, y ahora por primera vez impresa.—Sevilla, Enrique Rasco, 1896.—En 4.°; VIII-426 páginas.

40. *Grandiosas fiestas que en la corte se hicieron á la entrada del señor Príncipe de Guastala, embajador de S. M. el señor Rey de Hungría, con una loa al nacimiento del Príncipe de España,* compuesto por Gabriel Téllez.—Sevilla, Enrique Rasco, 1896.—En 16.°; 17 páginas.

41. *Alonso Pérez de Guzmán: Romancero,* por D. Juan Justiniano.—Badajoz, Uceda Hermanos, 1896.—En 8.°; 123 págs.

42. *Historia y Bibliografía de la Prensa sevillana,* por don Manuel Chaves. Con un prólogo del Sr. D. Joaquín Guichot y Parody, Cronista Oficial de la Ciudad.—Sevilla, Enrique Rasco, 1897.—En 4.°

43. *El Marqués del Aula,* por D. Antonio Aguilar y Cano. —Sevilla, Enrique Rasco.—En 4.° *(En prensa.)*

44. *Documentos inéditos para ilustrar la vida de Cervantes,* hallados y anotados por D. Cristóbal Pérez Pastor.—Madrid, Fortanet.—En 4.° *(En prensa.)*

bajo la acción del letal beleño del despotismo! ¡Qué hermoso espectáculo ofrecía Lista á las generaciones venideras, cuando, ya pasado lo que llamaba Dante

Il mezzo del camin di nostra vita

y cercano á la vejez, se rodeaba de jóvenes, alguno de ellos como Espronceda, de trece años, para enseñarles á pensar y á sentir, en la *Academia del Mirto!* Allí, rotos ya los estrechos moldes de la menguada poesía del siglo XVIII, triunfante la nueva escuela poética castellana, enteramente nacional en sus formas, conocidos y universalmente admirados los generosos esfuerzos hechos por Meléndez, Cienfuegos, Jovellanos, Quintana, Gallego, Arjona, Blanco, Forner y cien otros ilustres escritores, y puesta la poesía, como acertadamente dice Wolff (1), al nivel de las ideas y del gusto del siglo, elegíanse para sus asuntos las verdades filosóficas, las vicisitudes de la vida humana, los grandes acontecimientos políticos, los sublimes espectáculos de la naturaleza y los progresos de las ciencias y las artes, en vez de seguir el camino de las naderías arcádicas y de las puerilidades de versificación casera, harto trillado hasta entonces. Ya por los años de 1823 en que Lista dirigía la *Academia del Mirto,* se cosechaban, maduros y abundantes, los frutos de aquel gran renacimiento poético que, iniciado en Salamanca y en Madrid, habíase comunicado á otras ciudades de la península, especialmente á la del Betis,

«Roma triunfante en su mayor alteza»,

---

(1) Introducción á la *Floresta de Rimas modernas castellanas.*

donde prosperó más que en parte alguna y tomó un color local bastante pronunciado, amalgamándose con nuestras gloriosas tradiciones del siglo XVI (1). Á la *Academia de Letras Humanas* se debió en mucho aquella gloriosa resurrección y, tanto como á quien más, á D. Alberto Lista, uno de sus principales promovedores. El inspirado autor de la magnífica oda *Á la muerte de Jesús* no desmayó nunca en la saludable empresa; á fuer de labrador diligente, aplicábase á sembrar apenas terminada la siega y bien cohechado el terreno. Poco podían con aquella alma vigorosa contratiempos y desventuras: tejedor en sus primeros años, tejer fué su constante oficio, y á Lista se debe en gran parte el rico brocado de nuestra restauración literaria; apóstol de la libertad, al mismo tiempo que de las letras españolas, de su esplendoroso espíritu llevamos todos en la inteligencia inmarcesibles destellos. Veneremos su buena memoria como veneró sus honradas canas aquella entusiasta y generosa juventud á quien dió á gustar las dulcísimas mieles de la poesía.

Bien conozco, señores Académicos, que he abusado de vuestra benévola atención mucho más de lo disculpable. Contra lo que me propuse, mi insípida perorata ha sido—y recuerdo el mismo refrán que antes invoqué—mal que ha durado cien años. De todas veras lo deploro. Pero de ese mal y del pesar que siento por habéroslo causado os indem-

(1) Menéndez y Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España.*

niza y me consuela sobradamente la justa satisfacción que experimentamos en este día por el fausto suceso que nos ha reunido.

La Academia Sevillana de Buenas Letras está de enhorabuena, apesar de mi discurso.

HE DICHO.



